

ABRIL

L I A

La observé durante tres días. Yo estaba sentada sola en el parque bajo un olmo, junto a una fuente vacía con varios bocadillos en el regazo y el bolso al lado.

Bolso. En realidad, no es un bolso. Antes tenía bolsos, un Prada falso, un Chanel auténtico que Sam me había regalado para mi cumpleaños. Lo que tengo ahora es un bolso Vera Bradley gigantesco, rosa, estampado con flores, lo bastante grande para contener una cabeza humana. Si este bolso fuera una persona, sería la tía abuela canosa y anticuada de alguien, que olería a bolas de naftalina y caramelos con mantequilla, e insistiría en pellizcarte las mejillas. Es horrendo. Pero nadie se fija en él como tampoco en mí.

En otros tiempos, tal vez habría tomado medidas para asegurarme de ser invisible: una gorra de béisbol inclinada sobre la frente o una sudadera con capucha para ayudarme a esquivar preguntas que siempre empezaban con «Eh, ¿no eres tú?», y siempre terminaban con un nombre que no era el mío. «No, espera, no me lo digas. ¿No te he visto en algún sitio? ¿A que sé quién eres?»

Ahora, nadie mira y nadie pregunta, y nadie me mira dos veces. Como si fuera un mueble. La semana pasada, una ardilla se me subió al pie.

Pero no pasa nada. Eso es bueno. No estoy aquí para que me vean. Estoy aquí para mirar. Por lo general, ella aparece a eso de las tres. Dejo a un lado el bocadillo y aprieto el bolso contra mí, como si fuera una almohada o una mascota, y miro. Al principio, no deduje nada, pero ayer se detuvo a mitad de camino de mi fuente y se masajeó la región lumbar. *Yo hacía lo mismo*, pensé, y sentí un nudo en la garganta. *Yo también hacía lo mismo*.

Me gustaba este parque. Como crecí en el nordeste de Filadelfia, mi padre me llevaba a la ciudad tres veces al año. En verano íbamos al zoo, en primavera a la exposición de flores, y en diciembre a Wanamaker's, para ver el espectáculo de luces de Navidad. Me compraba alguna golosina (chocolate caliente, un helado de fresa) y nos sentábamos en un banco, y mi padre inventaba historias sobre la gente que pasaba. Un adolescente con una mochila era una estrella del rock disfrazada; una señora de pelo azul con un abrigo de piel largo hasta los tobillos era una espía de los rusos. Cuando volaba en avión sobre Virginia, pensaba en este parque, en el sabor de las fresas y el chocolate, y en el brazo de mi padre que me rodeaba. Pensaba que aquí me sentiría a salvo. Me equivoqué. Cada vez que parpadeaba, cada vez que respiraba, sentía que la tierra temblaba bajo mis pies y se abría. Sentía que las cosas empezaban a desmoronarse.

Fue así desde que sucedió. Nada podía conseguir que me sintiera a salvo. Ni mi marido, Sam, que me abrazaba, ni la terapeuta de ojos tristes y voz dulce que me había buscado, la que me dijo: «Sólo el tiempo te será de ayuda, y has de superarlo día a día».

Eso es lo que hemos estado haciendo. Superarlo día a día. Comer sin saborear la comida, tirar los contenedores de espuma de polietireno. Cepillarnos los dientes y hacer la cama. Un miércoles por la tarde, tres semanas después de que sucediera, Sam había sugerido una película. Había sacado ropa para que me la pusiera: los pantalones pirata de hilo verde lima, cuya cremallera aún no me podía subir del todo, una blusa de seda color marfil con cintas rosa bordadas, un par de zapatillas rosa. Cuando cogí la bolsa de pañales que había junto a la puerta, Sam me miró de una manera extraña, pero no dijo nada. Antes la había llevado en lugar del bolso, y la seguí llevando después, como un osito de peluche o una manta bienamada, como algo querido de lo que no me podía desprender.

Me porté bien cuando subí al coche. Igualmente cuando entramos en el aparcamiento, Sam me abrió la puerta y me condujo hasta el vestíbulo de terciopelo rojo que olía a palomitas fritas y margarina. Y después, me quedé inmóvil, incapaz de avanzar ni un centímetro más.

—¿Sucedé algo? —me preguntó Sam.

Negué con la cabeza. Estaba recordando la última vez que habíamos ido al cine. Sam me compró bolas de leche malteada, gominolas y la Coca-Cola gigante que yo quería, aunque tenía prohibida la cafeína y cada sorbo me provocaba un eructo. Cuando la película terminó, tuvo que utilizar las dos manos para levantarme del asiento. *Entonces lo tenía todo*, pensé. Los ojos empezaron a escocerme, mis labios a temblar, y sentí que mis rodillas y cuello temblaban, como si los hubieran rellenado de grasa y cojinetes. Apoyé una mano contra la pared para no perder el equilibrio y desplomarme. Recordé haber leído algo acerca de un equipo informativo que había entrevistado a una persona atrapada en una casa en el terremoto de Northridge de 1994. «¿Cuánto duró?», preguntó el soso y bronceado locutor. La mujer, que había perdido su casa y su marido, le miró con ojos alucinados y contestó: «Aún no ha acabado».

—¿Te pasa algo? —insistió Sam.

Le miré: sus ojos azules, la mandíbula fuerte, la piel lisa. «No te fíes de los guapos», decía mi madre, pero Sam había sido dulce conmigo desde el momento en que le conocí. Desde que había ocurrido, sólo se había comportado con dulzura. Y yo le había traído la tragedia. Cada vez que me miraba, veía lo que habíamos perdido. Cada vez que yo le miraba, veía lo mismo. No podía quedarme. No podía quedarme y hacerle más daño.

—Vuelvo enseguida —dije—. Voy al baño.

Me colgué al hombro mi bolso Vera Bradley, dejé atrás el cuarto de baño y salí por la puerta de la calle.

Nuestro apartamento seguía tal como lo habíamos dejado. El sofá estaba en la sala de estar, la cama en el dormitorio. El cuarto del final del pasillo estaba vacío. Vacío por completo. Ni siquiera flotaba una mota de polvo en el aire. *¿Quién lo había hecho?*, me pregunté, mientras entraba en el dormitorio, agarraba puñados de ropa interior y camisetas, y los metía en la bolsa. *Ni siquiera me he dado cuenta*, pensé. *¿Cómo es posible que no me haya fijado?* Un día, la habitación estaba llena de juguetes y muebles, una cuna y una mecedora, y al día siguiente, nada. ¿Podías llamar a algún ser-

vicio, marcar un número, acceder a una página web, y entonces se presentaban hombres con bolsas de basura y aspiradoras y arramblaban con todo?

«Sam, lo siento —escribí—. No puedo estar contigo. No puedo verte tan triste y saber que es por mi culpa. No me busques, por favor. Llamaré cuando esté preparada. Lo siento...» Dejé de escribir. Ni siquiera existían palabras para explicarlo. No había nada que se pareciera. «Lo siento por todo», escribí, y después salí corriendo por la puerta.

El taxi me estaba esperando delante de nuestro edificio de apartamentos, y por una vez, no había atascos en la 405. Media hora después, me encontraba en el aeropuerto con un fajo de billetes recién sacados de un cajero automático en la mano.

—¿Sólo ida? —me había preguntado la chica que atendía detrás del mostrador.

—Sólo ida —dije, y pagué mi billete de regreso a casa. El lugar donde te han de aceptar. A mi madre no le había hecho mucha gracia, pero nunca le había hecho gracia casi nada de mí, desde que era adolescente y mi padre se marchó. Pero tenía un techo sobre la cabeza y una cama donde dormir. Hasta me había regalado un abrigo para los días fríos una semana antes.

La mujer a la que había estado observando cruzó el parque, con los rizos pelirrojos amontonados sobre la cabeza, una bolsa de lona en la mano, y yo me incliné hacia delante, aferrada a los bordes del banco, intentando que todo dejara de dar vueltas. Dejó la bolsa en el borde de la fuente y se agachó para acariciar a un perrito con manchas negras y blancas. *Bien*, pensé, e introduje la mano en mi bolsa del tamaño de un saco y saqué el sonajero de plata. «¿Deberíamos grabarle el nombre?», había preguntado Sam. Yo puse los ojos en blanco y le dije que había dos clases de personas en el mundo, las que se hacían grabar las cosas en Tiffany's y las que no, y nosotros éramos sin la menor duda del Tipo Dos. Un sonajero de plata de Tiffany's sin grabar nunca utilizado. Me acerqué con cautela a la fuente, antes de recordar que me había hecho invisible y nadie me miraba, hiciera lo que hiciera. Introduje el sonajero en su bolso y me marché.

BECKY

Su móvil sonó cuando estaba enderezándose. El perro ladró y se alejó trotando, y la mujer del pelo rubio largo y el abrigo azul pasó junto a ella, tan cerca que sus hombros se rozaron. Becky Rothstein-Rabinowitz se apartó los rizos de los ojos, sacó el teléfono del bolsillo, se encogió cuando vio el número que aparecía en la pantalla y devolvió el teléfono a su sitio sin contestar.

—Mierda —murmuró a nadie en particular.

Era la quinta llamada de Mimi, su suegra, durante las dos últimas horas. Mimi y ella habían llegado a un alto el fuego razonablemente pacífico mientras Mimi había vivido en Texas con el último de sus cinco maridos en serie, pero el matrimonio no había durado. Ahora estaba a punto de mudarse a Filadelfia, y al parecer no acababa de asimilar el sencillo dato de que su nuera tenía un empleo y estaba embarazada, y de que, por lo tanto, tenía cosas mejores que hacer que «dejarse caer» por la tienda que el decorador de Mimi le había recomendado y «echar una miradita» a las cortinas que Mimi había encargado. Becky tampoco tenía «un segundito» para conducir durante media hora hasta Merion y «echar una rápida ojeada» a los adelantos de la obra (su suegra estaba inmersa en la construcción de una minimansión con columnas, gabletes y galería que, en opinión de Becky, parecía la morada de Scarlett O'Hara, si Tara se hubiera encogido al lavarla). Betty aferró su bolso y atravesó el parque a buen paso en dirección a su restaurante, Mas.

Eran las tres de la tarde, y la pequeña cocina ya olía a codillo en salsa de canela, a salsa de cilantro y ajo, y a pimientos asados. Becky respiró hondo, satisfecha, y estiró los brazos sobre la cabeza.

—Creía que hoy librabas —dijo Sarah Trujillo, su socia y mejor amiga.

—Pasaba por aquí —dijo Becky, y el móvil volvió a sonar.

—Déjame que lo adivine —dijo Sarah.

Becky suspiró, miró el número, sonrió y abrió el teléfono.

—Hola, cariño —dijo. Hacía dos años que se habían casado, y antes ya habían salido durante otros tres, pero el sonido de la voz de Andrew todavía la excitaba.

—Hola. ¿Te encuentras bien?

Ella se miró. Bolso, tetas, panza, pies, todos presentes y sin novedad.

—Sí, estoy bien. ¿Por qué?

—Mi madre acaba de llamarme al busca y me ha dicho que ha intentado ponerse en contacto contigo, pero no contestabas.

Mierda, volvió a pensar Becky.

—Escucha, ya sé que puede llegar a ser muy agobiante. Tuve que vivir con ella, ¿te acuerdas?

—Sí —dijo Becky. *Y lo más enigmático es que llegaras a ser una persona normal*, se abstuvo de añadir.

—Síguele la corriente un poco. Pregúntale cómo va la mudanza.

—Puedo seguirle la corriente —replicó Becky—, pero no tengo tiempo para hacerle recados.

—Lo sé —contestó su marido. Becky oía los sonidos del hospital al fondo, otro médico al que le sonaba el busca—. No has de hacerlo. No espero que lo hagas. Mimi tampoco.

Entonces, ¿por qué sigue insistiendo?, se preguntó Becky.

—Habla con ella —continuó Andrew—. Está sola.

Está loca, pensó Becky.

—De acuerdo —dijo—. La próxima vez que llame, hablaré con ella, pero dentro de poco voy a desconectar el teléfono. Yoga.

Sarah enarcó las cejas.

¿*Yoga?*, preguntó, moviendo los labios sin hablar.

—Yoga —repitió Becky, y colgó el teléfono—. No te rías.

—¿Por qué tendría que reírme? —dijo Sarah, y sonrió con dulzura.

Tenía los ojos de color chocolate negro, lustroso pelo oscuro y cuerpo de bailarina, aunque no se había anudado sus zapatillas de

ballet desde que se había lesionado ambas rodillas a los diecisiete años. Ella era la razón de que hubiera tres filas de clientes apelonados ante la barra de seis asientos de Mas todas las noches de la semana, y cuatro filas los viernes. La razón de que, entre todos los restaurantes de Rittenhouse Square, Mas pudiera tener ocupadas sus treinta y seis plazas todas las noches, pese a las dos horas de espera. Cuando Sarah se aplicaba el pintalabios rojo y se abría paso meneando las caderas entre la muchedumbre, con una bandeja de empanadas de invitación en las manos y sandalias de tacón alto en los pies, las protestas se acallaban y las miradas al reloj cesaban.

—¿De qué es la sopa? —preguntó Sarah.

—Puré de ajo y alubias con aceite de trufa —dijo Becky, mientras recogía el bolso e inspeccionaba el comedor todavía vacío, cada una de las doce mesas dispuesta con manteles de hilo, copas de vino y un platito de cristal azul con almendras especiadas en el centro.

—¿Por qué crees que me reía del yoga?

—Bien —dijo Becky, y levantó su bolso de lona—. Sólo porque no voy a clase desde hace... —hizo una pausa, contó los meses, los años— un tiempo.

Su última experiencia con clases de gimnasia había sido en la universidad, donde tuvo que someterse a un semestre de educación física antes de licenciarse. Había dejado que Sarah la convenciera de matricularse en danza interpretativa, donde pasó cuatro meses moviendo de un lado a otro un pañuelo, fingiendo ser, alternativamente, un árbol agitado por el viento, la hija de unos alcohólicos y la resignación. Casi había esperado que el ginecólogo le prohibiera los ejercicios y le ordenara quedarse en casa con los pies en alto durante las últimas doce semanas de embarazo, pero el doctor Mendlow había mostrado un entusiasmo casi indecente cuando Becky le llamó y pidió permiso para matricularse.

—Igual piensas que el yoga sólo es para debiluchos.

—¡No, no! —exclamó Sarah—. El yoga exige mucho. Estoy impresionada de que hagas esto por ti, y sobre todo por tu hijito.

Becky miró a su amiga y entornó los ojos.

—Quieres algo, ¿verdad?

—¿Puedes cambiarme los sábados?

—Claro, claro —gruñó Becky. No le importaba trabajar los sábados por la noche. Andrew iba a estar de guardia, lo cual significaba que se quedaría tirada delante del televisor, al menos hasta que su marido tuviera que ir a ocuparse de una apendicitis o una obstrucción intestinal, o que tendría que aguantar más llamadas telefónicas de Mimi.

Sarah colocó la jicama que había cortado en juliana en un cuenco, secó la tabla para cortar y arrojó el paño a un cesto del rincón. Becky lo recuperó y se lo volvió a tirar.

—Dos paños por noche, ¿recuerdas? La factura de la lavandería del mes pasado fue bestial.

—Mil perdones —dijo Sarah, y empezó a desgranar la mazorca para la ensalada de maíz asado.

Becky subió por la escalera de atrás hasta una diminuta habitación del piso de arriba, un ropero reconvertido en la vieja casa adosada que era Mas. Cerró las persianas y volvió a aspirar el aroma de la comida: el mole que cocía a fuego lento, los cortes de cuartos delanteros especiados que se asaban poco a poco, los matices del ajo, las notas brillantes del cilantro y la lima. Oyó el alboroto del personal a medida que iba llegando, las camareras que reían en la cocina, los lavaplatos que cambiaban la WXPN por una emisora de salsa. Dejó el bolso sobre el escritorio, encima de las montañas de facturas y hojas de pedidos, y sacó de la taquilla el uniforme de yoga. «Prendas holgadas y cómodas», había leído en el folleto de yoga. Lo cual, con suerte, era lo que siempre utilizaba.

Becky se quitó los pantalones negros de cintura elástica y se puso otros azules también de cintura elástica, y añadió un sujetador de gimnasia que le había costado tres cuartos de hora de búsqueda en Internet, hasta que localizó el sitio llamado, Dios la ayudara, Bigmamas.com. Se puso una camiseta larga, se calzó unas zapatillas de deporte y recogió sus rizos en un moño que sujetó con uno de los palillos que Sarah había dejado sobre la mesa. «Estiramientos

suaves y rítmicos —decía el folleto—. Visualización creativa y meditación para la futura madre.» Imaginaba que lo aguantaría. Y si no, diría algo acerca de su acidez de estómago y se largaría.

Mientras embutía la ropa en el bolso, las yemas de sus dedos rozaron algo frío, desconocido. Tanteó y sacó un sonajero de plata. Siguió rebuscando en el bolso, pero no encontró una tarjeta, un envoltorio de papel o una cinta. Sólo un sonajero.

Le dio vueltas, lo sacudió, y después bajó a la cocina, donde el lavaplatos, el ayudante del chef y el responsable de repostería hacían compañía a Sarah.

—¿Esto es tuyo? —preguntó a Sarah.

—No, pero es bonito —repuso ella.

—No sé de dónde ha salido.

—¿La cigüeña?

Becky puso los ojos en blanco, y después se colocó de costado delante del espejo que había al lado de la puerta del comedor, con el fin de iniciar otra ronda de lo que se había convertido en su juego favorito: *¿Embarazada, o sólo gorda?*

Era tan injusto, pensó, mientras se retorecía, giraba en redondo y hundía las mejillas. Había soñado que el embarazo sería el gran nivelador, aquello que había estado esperando toda su vida, el momento en que todas las mujeres se ponían tan gordas que nadie hablaba ni se preocupaba de su peso durante nueve benditos meses. Bien, ni soñarlo. Las chicas esqueléticas se quedaban esqueléticas, salvo que desarrollaban adorables vientres lisos y prietos como la piel de un tambor, en tanto que las mujeres de la talla de Becky parecía que se habían puesto las botas comiendo.

¿Y ropa de premamá extragrande? Olvídalo. Las mujeres de talla normal se ponen ropa deportiva de *lycra* que anuncia a los cuatro vientos: «¡Eh! ¡Estoy embarazada!» Entretanto, cualquier mujer embarazada más grande que una panera ha de escoger entre las ofertas de un, sí, exactamente uno, fabricante de ropa de premamá, cuyos pantalones abombados y blusas gigantescas proclaman a voz en grito: «¡Eh! ¡Soy una viajera del tiempo de 1987! ¡Incluso estoy más gorda de lo normal!»

Se miró de perfil, enderezó los hombros, suplicó a su estómago que sobresaliera más que los pechos. Se volvió hacia Sarah.

—¿Parezco...?

Sarah negó con la cabeza, mientras se dirigía hacia la freidora con una bandeja de buñuelos de maíz que Becky había preparado aquella mañana.

—No te oigo, no te oigo —canturreó, mientras los buñuelos empezaban a chisporrotear. Becky suspiró, dio un cuarto de vuelta y miró a Juan, el lavaplatos, que de repente estaba muy interesado en los platos que estaba amontonando. Lanzó una mirada hacia la parrilla y descubrió a dos camareras que desviaban la vista, muy ocupadas removiendo, fileteando, e incluso, en el caso de Suzie, repasando el horario de la semana como si más tarde fuera a participar en un concurso.

Becky volvió a suspirar, recogió su bolso, junto con una copia del horario de la semana y los especiales del fin de semana, y salió por la puerta para cruzar el parque, recorrer dieciocho manzanas en dirección este, hacia el río, y cumplir su cita con el destino de la Nueva Era.

—Bienvenidas, señoras.

La monitora, Theresa, llevaba pantalones negros holgados, con la cintura justo debajo de las caderas, y un top marrón con tirantes que exhibía unos deltoides y bíceps exquisitamente definidos. Tenía la voz grave y arrulladora. Hipnótica, a decir verdad. Becky reprimió un bostezo y paseó la vista alrededor del estudio, situado en el cuarto piso de la casa de Society Hill propiedad de Theresa. La sala era acogedora y la temperatura agradable, sin llegar a niveles asfixiantes. Las luces eran tenues, pero ardían velas votivas en los antepechos de las ventanas altas que daban al oeste, hacia la línea del horizonte parpadeante de la ciudad. Una fuente gorgoteaba en un rincón, un CD portátil emitía el sonido de carillones desde otro, y el aire olía también a naranja y clavo. El móvil vibró en su bolsillo. Becky pulsó el botón de colgar sin mirar, se

sintió culpable al instante y se prometió que llamaría a Mimi en cuanto saliera de clase.

Devolvió el teléfono a su sitio y miró a las otras siete mujeres. Daba la impresión de que todas se encontraban en su tercer trimestre. A la derecha de Becky había una chica menuda con una coleta de pelo rubio como el trigo y una graciosa barriguita. Llevaba uno de esos conjuntos de gimnasia de premamá que se vendían en talla S y XS: pantalones de gimnasia a rayas blancas, top negro con un ribete que hacía contraste ciñendo sus pechitos. Había dirigido a Becky un cordial «Hola» antes de rociar su colchoneta con una botella de jabón bactericida.

—Microbios —había susurrado.

A la izquierda de Becky estaba la mujer más hermosa que había visto en su vida, salvo en películas. Era alta y de piel color caramelo, con pómulos capaces de cortar la mantequilla, ojos que parecían topacios a la luz de las velas y una barriga que tensaba la sudadera de cachemira marrón claro. La manicura de las uñas era perfecta, y cuando se quitó los calcetines, Becky vio que lo mismo podía decirse de los dedos de los pies. Además, exhibía un diamante en la mano izquierda del tamaño de un terrón de azúcar. *La conozco*, pensó Becky. No pudo recordar el nombre, pero sabía a qué se dedicaba. Esta mujer, de nombre un tanto exótico, pensó Becky, estaba casada con el hombre a quien los Sixers acababan de fichar, una superestrella de Texas con una media de puntos conseguidos por partido altísima, y que también, según había explicado Andrew a Becky durante un partido que había visto con él, lideraba la liga en rebotes.

Theresa se sentó en el suelo sin utilizar las manos. *Así de sencillo*, pensó Becky.

—Empecemos —dijo Theresa con voz lenta y arrulladora, que dio ganas a Becky de aovillarse y echar una buena siesta—. Podéis ir diciendo por turno el nombre, de cuánto estáis, cómo va el embarazo y algún detalle personal.

¡El nombre de Yoga Barbie resultó ser Kelly! ¡Una organizadora de eventos y celebraciones! ¡Era su primer embarazo! ¡Tenía

veintiséis años, y estaba embarazada de veintisiete semanas! ¡Y se sentía de maravilla, aunque al principio le había resultado difícil porque sangraba! ¡Y tuvo que guardar cama! *Mira que bien*, pensó Becky, y reprimió otro bostezo. Ahora era su turno.

—Soy Rebecca Rothstein Rabinowitz —dijo—. Estoy de veintinueve semanas y media. Voy a tener una niña. Es mi primer hijo y me siento muy bien, aunque... —Echó una mirada de desdicha a su estómago—. Creo que aún no se nota, y eso es una lata. —Theresa cabeceó en señal de solidaridad—. ¿Qué más? Ah, soy chef y encargada de un restaurante llamado Mas, en Rittenhouse Square.

—¿Mas? —exclamó Kelly—. ¡Oh, Dios mío, si yo he estado!
—Estupendo —dijo Becky.

Caramba. Su madre no se había mostrado tan entusiasta sobre la comida de Mas, pero el restaurante acababa de aparecer en el *Philadelphia Magazine* como uno de los «Siete Lugares Por Los Que Vale La Pena Salir De Las Zonas Residenciales», y habían publicado una bonita foto de Becky y Sarah. Bien, sobre todo de Sarah, pero se podía ver el lado de la cara de Becky en el borde de la instantánea. También algo de pelo, si te fijabas bien.

—Me llamo Ayinde —empezó la hermosa mujer que estaba al otro lado de Becky—. Treinta y seis semanas. También es mi primer embarazo, y me encuentro bien. —Enlazó sus largos dedos sobre el estómago y dijo, en un tono entre desafiante y de disculpa—: Ahora no trabajo.

—¿Qué hacías antes del embarazo? —preguntó Theresa. Becky apostó para sí que la respuesta sería «modelo de bañadores». Se llevó una sorpresa cuando Ayinde les dijo que había sido reportera.

—Pero eso fue en Texas. Mi marido y yo sólo llevamos un mes aquí.

Kelly abrió los ojos de par en par.

—Oh, Dios mío —dijo—, tú eres...

Ayinde enarcó una ceja perfecta. Kelly cerró la boca al instante, y sus mejillas pálidas enrojecieron. Theresa indicó con un cabeceo a la siguiente mujer, y la ronda continuó. Había una asistente social

y una banquera de inversiones, la directora de una galería de arte y la productora de una radio pública, y una mujer con el pelo recogido en una coleta que ya tenía un hijo de dos años y dijo que era mamá a tiempo completo.

—Vamos a empezar —dijo Theresa.

Se sentaron con las piernas cruzadas, las manos apoyadas sobre las rodillas con las palmas hacia arriba, ocho mujeres embarazadas sentadas sobre un suelo de madera que crujió bajo su peso, mientras las velas parpadeaban. Las mujeres se balancearon de un lado a otro.

—Dejad que el aliento fluya desde la base de vuestra columna vertebral. Que conforte vuestro corazón.

Becky se mecía de izquierda a derecha. *De momento va bien*, pensó, mientras Theresa les guiaba a través de una serie de giros de cuello e inhalaciones conscientes. No era más difícil que danza interpretativa.

—Y ahora, vamos a trasladar el peso a nuestras manos, levantar la cola y ascender leeeentamente hacia la postura del gato descendente —entonó Theresa. Becky se apoyó sobre las manos y los pies, notó la esterilla de yoga pegajosa contra las palmas y alzó la rabadilla. Oyó que Yoga Barbie suspiraba a su lado cuando adoptó la postura, y a la mujer hermosa, Ayinde, gemir por lo bajo.

Becky intentó inmovilizar sus codos para que sus brazos no temblaran. Echó una mirada de soslayo. Ayinde se estaba encojiendo, con los labios muy apretados.

—¿Te encuentras bien? —susurró Becky.

—Mi espalda —susurró Ayinde.

—Sentíooooooooo enrazaaaaaadas en la tieeeeeerra —dijo Theresa.

Me voy a sentir caída en tierra dentro de un momento, pensó Becky. Sus brazos temblaban..., pero Ayinde fue la primera en caer, y osciló hacia atrás sobre las manos y las rodillas.

Theresa se arrodilló a su lado al instante, con una mano sobre la espalda de Ayinde.

—¿Te parece demasiado difícil la postura? —preguntó.

Ayinde negó con la cabeza.

—No, la postura está bien. Ya he hecho yoga otras veces. Es que... —Se encogió de hombros—. Hoy no me encuentro bien.

—¿Por qué no te sientas un momento? —dijo Theresa—. Concéntrate en respirar.

Ayinde asintió y rodó de costado. Diez minutos después, tras realizar las posturas del guerrero orgulloso y el triángulo, además de una molesta postura arrodillada que Becky decidió bautizar como paloma agonizante, y que debía ser bastante más fácil sin pechos, el resto de la clase se sentó.

—*Shivasana* —dijo Theresa, y aumentó el sonido de los carillones—. Sujetemos nuestros estómagos con delicadeza, respiremos profundamente, llenemos nuestros pulmones de oxígeno y enviemos a nuestros bebés un mensaje de paz.

El estómago de Becky gruñó. *Paz*, pensó, sabiendo que no iba a funcionar. Se había sentido agotada durante el primer trimestre, con el estómago revuelto durante el segundo, y ahora tenía hambre todo el tiempo. Intentó enviar a su bebé un mensaje de paz, pero en cambio terminó con un mensaje acerca de lo que iba a cenar. *Chuletas de ternera con gremolada a la naranja sanguina*, pensó, y suspiró de dicha, al tiempo que Ayinde tomaba aire de nuevo.

Becky se incorporó sobre un codo. Ayinde se estaba masajeadando la espalda con los ojos cerrados.

—Un calambre —susurró, antes de que Becky pudiera preguntarle.

Después de que Theresa enlazara las manos sobre su pecho, de una firmeza envidiable, y les deseara a todas *namaste*, las mujeres se encaminaron hacia la escalera de caracol y salieron al crepúsculo. Kelly siguió a Becky.

—Me encanta tu restaurante —dijo con entusiasmo, mientras caminaban por la calle Tres en dirección a Pine.

—Gracias —contestó Becky—. ¿Recuerdas lo que pediste?

—Pollo con mole —dijo Kelly con orgullo, y pronunció la palabra hispana con gesto triunfal—. Estaba delicioso y... ¡Oh, Dios mío! —dijo Kelly por tercera vez aquella noche. Becky miró hacia

donde señalaba y vio a Ayinde apoyada con ambas manos contra la ventanilla del pasajero de un todoterreno del tamaño de un tanque, con algo blanco que aleteaba sobre el parabrisas.

—Caramba —dijo Becky—, o se ha tomado muy mal la multa de aparcamiento o...

—¡Oh, Dios mío! —repitió Kelly. Ayinde las miró con aire de impotencia cuando se acercaron.

—Creo que he roto aguas —dijo, y señaló el dobladillo mojado de sus pantalones—. Pero es demasiado pronto. Sólo estoy de treinta y seis semanas. Mi marido está en California...

—¿Desde cuándo tienes contracciones? —preguntó Becky apoyando una mano entre los omóplatos de Ayinde.

—Aún no he tenido —contestó Ayinde—. Me ha dolido la espalda, pero nada más.

—Puede que padezcas una contractura —dijo Becky. Ayinde la miró sin comprender—. ¿Sabes lo que es una contractura?

—Íbamos a matricularnos en un cursillo en el hospital de Texas —dijo Ayinde, y apretó los labios—, pero entonces ficharon a Richard, nos trasladamos, y todo fue... —Respiró hondo, con la frente apoyada contra la ventanilla del coche—. No puedo creer que me esté pasando esto. ¿Y si no llega a tiempo?

—Que no cunda el pánico —dijo Becky—. Las primerizas tardan más en dilatar, y el que hayas roto aguas no significa que vayas a dar a luz pronto...

—Oh —dijo Ayinde. Lanzó una exclamación ahogada y se llevó la mano a la espalda.

—Muy bien —dijo Becky—. Creo que deberíamos ir al hospital.

Ayinde alzó la vista e hizo una mueca.

—¿Me podéis parar un taxi?

—No seas tonta —dijo Becky. *Pobre criatura*, pensó. Dar a luz sola, sin un marido o una amiga que te sujete la mano, era lo peor que podía imaginar. Bien, eso y que tu estómago apareciera en uno de esos reportajes informativos tipo «Obesidad. Una epidemia nacional»—. ¡No vamos a ponerte en un taxi y a abandonarte!

—Mi coche está ahí —dijo Kelly. Levantó el llavero, apretó un botón y un Lexus todoterreno aparcado al otro lado de la calle empezó a pitar. Becky ayudó a Ayinde a sentarse en el asiento del pasajero y se acomodó en la parte posterior—. ¿Quieres que llameemos a alguien?

—Me lleva el doctor Mendlow —dijo Ayinde.

—Ah, bueno, a mí también —dijo Becky—. Tengo su número en el móvil. ¿Alguien más? ¿Tu madre, alguna amiga?

Ayinde meneó la cabeza.

—Acabamos de mudarnos —dijo, mientras Kelly ponía en marcha el coche. Ayinde se volvió y aferró la mano de Becky—. Por favor —dijo—. Escucha, mi marido... —Arrugó el ceño—. ¿Crees que se podrá entrar por la parte trasera del hospital? No quiero que nadie me vea así.

Becky enarcó las cejas.

—Bien, es un hospital —dijo—. Están acostumbrados a ver gente acribillada a balazos y otras cosas mucho peores. No se van a escandalizar por unos pantalones mojados.

—Por favor —dijo Ayinde, y apretó su mano con más fuerza todavía—. Por favor.

—De acuerdo. —Becky sacó de su bolsa el jersey negro grande, junto con una gorra de béisbol—. Cuando bajemos, átate este jersey a la cintura, y si crees que puedes subir la escalera, llegaremos a admisiones y no tendrás que esperar al ascensor.

—Gracias —dijo Ayinde. Se encasquetó la gorra y después alzó la vista—. Lo siento. No recuerdo vuestros nombres.

—Becky —dijo Becky.

—Kelly —dijo Kelly. Ayinde cerró los ojos, mientras Kelly ponía en marcha el coche.